

SERMON  
DE LA SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.

PARA EL VIÉRNES SANTO.

(DE SANTANDER.)

*Posuit me desolatam, tota die mœrore confectam.*

Me puso desolada, consumida de tristeza todo el día.

*Jerem. Lament. c. 1. v. 13.*

¡Qué espectáculo tan funesto es el que se presenta á nuestra vista en este templo! ¡Qué objetos tan melancólicos registra nuestra consideracion en todo el orbe! La santa Iglesia omite sus alegres cánticos, y sustituye en su lugar tristísimas lamentaciones; cubre sus altares de luto y oculta sus mas preciosos adornos; apaga sus brillantes luces y todo queda en silencio y en tinieblas. El mundo parece va á dar los últimos suspiros; el Sol murió al medio día, y está como amortajado en un saco ceniciento ó de silicio; la luna perdió su luz, cambiando su argentada claridad en negro luto, que viste todo el cielo; la tierra tiembla, los sepulcros se abren, las piedras se parten, los muertos resucitan, el velo del templo se rasga, y todo nos manifiesta que perece el mundo, ó que el Dios de la naturaleza padece. Qué es esto, cristianos míos? Ay! si yo pudiera llevaros conmigo, y con un rápido vuelo haceros presente aquel día, aquella hora, que no conoció el mundo ni conocerá otra mayor para su remedio; aquel día que mas que otro alguno empeña nuestra consideracion para compadecernos; aquel día, aquella tarde del viénes santo; aquel monte, aquel Calvario, aquella Jerusalem, aquel cadalso en que se daba afrentosa muerte á los

malhechores. Qué veríamos? que oiríamos? Ay qué horror! qué espanto! qué estremecimiento! Á la escasa luz que permitirían las tinieblas que inundaban toda la tierra; al corto espacio que á la quieta consideracion darian la turbacion de los hombres, el espanto de los demonios y la admiracion de los ángeles, veríamos tres hombres lastimosamente afrentados y clavados en tres cruces: los dos facinerosos, y en medio de ellos, ya difunto á violencias de la crueldad y la injusticia, al que es la suma inocencia, al autor de la vida, al triunfador de la muerte, al Mesías prometido en la ley y en los profetas, al Hijo del eterno Padre; á Jesus Nazareno, rey de los judíos, que es todo lo escrito que se lee sobre su sacratísima cabeza, y toda la causa que ha hallado la envidia para que muera.

Veríamos aún mas, amados míos; veríamos al pié de la cruz en que pendia Jesucristo, constante y conforme con los decretos divinos á su amable Madre, á la Madre de Dios, que le dió el ser de hombre, á la madre de los hombres, á quienes recibió por hijos de su adopcion, á la reina de los ángeles, á quien sirven, obedecen y adoran; veríamos en fin á María santísima, emperatriz del cielo y de la tierra, en la mas amarga soledad: *Posuit me desolatam, tota die mœrore confectam.* Sola veríamos á la Señora de todas las naciones, á la llena de todas las gracias, á la bendita entre todas las mujeres, á la mas pura de todas las vírgenes. Veríamos... pero, cielos, qué es esto? Sabemos que Dios ha muerto, y que su Madre ha quedado en la mas dolorosa soledad, ¿y vivimos sobre la tierra? Las piedras se rompen, los monumentos se abren, la tierra con espantosos sacudimientos se estremece, el cielo se enluta, el sol se eclipsa, la luna se oscurece, y aún las criaturas insensibles por su naturaleza hacen sentimiento en la muerte de su Criador y en la soledad de su Madre; y el hombre ¿no se avergonzará de llamarse sensitivo y racional, cuando sabiendo que Dios muere y que padece la muerte, por darle á él la vida, no forma sentimiento, ni el corazón se le oprime con el dolor y el llanto? ¡Ó estupidez é insensibilidad de los miserables hijos de Adán, dignas de llorarse con lágrimas de sangre! ¿Cómo podremos tratar dignamente de vuestra amarga soledad, ó dulcísima Madre nuestra, cuando nosotros aumentamos vuestro tormento con nuestra torpe ingratitud? Si en vos cupiera indignacion, podríais tenerla muy grande con las tristes almas de los peca-

dores, que aumentan vuestras penas, cuando multiplican sus culpas; pero acordáos, Señora, que como ministro de vuestro santísimo Hijo vengo á vuestra presencia para interceder por ellos: *Recordare quod steterim in conspectu tuo, ut loquerer pro eis bonum* (1). No puedo persuadirme á que falten en mi auditorio almas justas que tiernamente os amen, que os veneren y acompañen con la mas viva fe y fervorosa devocion en vuestra triste soledad. Merezcan, Señora, los fieles corazones de los justos que se temple la indignacion de vuestro Hijo para con los pecadores: *Ut averterem indignationem tuam ab eis* (2).

Y para que los justos perseveren en la gracia, y los pecadores salgan del estado lastimoso de la culpa, derramad en mis labios un rio de dulzura y suavidad, para que debidamente les proponga cómo quedasteis sola al morir vuestro santísimo Hijo; sola cuando le tuvisteis en los brazos, y sola cuando le depositasteis en el sepulcro. Sola sin el alma, sola sin el cuerpo, y sola sin el alma y el cuerpo de vuestro muy amado hijo Jesus. Esta triplicada soledad es la que os aflige; esta es la que os martiriza y atormenta; esta la que os compele á exclamar: *Posuit me desolatam, tota die moerore confectam*. ¡Oh, quiera el cielo que yo hable de tal manera que todos aborrezcamos el pecado que fué la causa de vuestra soledad y de la muerte de vuestro Amado! Sencillo es el pensamiento, y tan obvio y natural, que él mismo se presenta á la menor consideracion que se haga de tan venerable misterio; pero esta misma naturalidad debe hacérselo mas apreciable. Saludemos á la Virgen rezándole devotamente una *Ave María*.

#### PRIMERO.

El santo profeta Jeremías, hijo de Helcías, oriundo de Anatot en la tribu de Benjamin; aquel hombre singular y extraordinario que fué santificado en el vientre de su madre, y hecho profeta ántes de nacido, perpetuamente vírgen y perpetuamente justo y santo; aquel hombre poderoso en obras y palabras, que reunia en su persona el carácter de sacerdote, doctor, profeta, apóstol enviado por Dios á su pueblo israelítico, é ilustre

(1) *Jerem. c. 18. v. 20.* (2) *Ibid.*

mártir del Señor Dios de los ejércitos, por su fe y su esperanza de la venida del Mesías, y su caridad y celo por la salvacion de sus prójimos; el santo profeta Jeremías, vuelvo á decir, lleno de admiracion y pasmo, al mirar el triste estado de Jerusalem, exclamaba considerándola como á una mujer afligida y sumamente dolorosa: *Quomodo sedet sola civitas, plena populo? Facta est quasi vidua domina gentium; princeps provinciarum facta est sub tributo* (1). ¿Es posible, decia, que la ínclita y magnífica ciudad de Jerusalem, el emporio de la Siria, el paraíso del Asia, el jardin del Oriente, la reina del mundo, las delicias de los hombres, la visitada por los ángeles, el trono de Dios, el taller de la Religion, la lámpara de la fe, la cuna de la Iglesia, se vea hoy sola, desamparada y envilecida? ¿Es posible que en este día la lloremos como una triste viuda, sin su rey Sedecías, ya cautivo, sin su pontífice Sarafá, muerto por los caldeos, sin sus príncipes y magistrados, presos, desterrados, cautivos ó muertos? ¿Que la lloremos como una ciudad desierta, sin los gentiles comerciantes que la frecuentaban por sus temporales intereses, y sin los judíos religiosos que concurrían en tropas á la celebracion de sus pascuas y solemnidades? ¿Es posible, continua diciendo el santo profeta, que la princesa de las provincias, la que en tiempo de los jueces sabios, de los Macabeos valerosos y de los monarcas insignes, como David y Salomon, dominaba como reina los estados de los filisteos, los moabitas, los sirios, los amonitas, los idumeos y otras naciones, se mire hoy sierva de los bárbaros caldeos, y les pague un duro tributo? ¿Es posible que la que se adornaba con un vestido de gloria por los ilustres triunfos de sus hijos, hoy se vea cubierta de luto, llorando amargamente dia y noche, sin hallar quien la consuele entre todos sus amigos? *Plorans ploravit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus: non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus* (1).

Estas tristes lamentaciones del santo profeta Jeremías, que hemos repetido en estos dias conforme al espíritu de nuestra santa madre la Iglesia, para considerar los venerables misterios de nuestra redencion, que en ellos se nos representan, podemos acomodar y aplicar con la mayor naturalidad á la Virgen

(1) *Thren. c. 1. v. 1.* (2) *Ibid. v. 2.*

María, nuestra madre, en su amarguísima soledad. Esta preciosísima Señora es místicamente la ciudad santa de Jerusalem, vestida del sol, calzada de la luna, coronada de estrellas, temida de los demonios, venerada de los hombres, servida de los ángeles y madre verdadera de nuestro Dios; es la mas pura de todas las vírgenes, la mas fecunda de todas las madres, la llena de todas las gracias, el modelo de todas las virtudes, y la reina de todas las criaturas; y sin embargo podemos preguntar con Jeremías: *Quomodo sedet sola civitas plena populo? Facta est quasi vidua domina gentium.* ¿Cómo una ciudad, tan magníficamente gloriosa por la virtud del Omnipotente, se halla hoy tan sola? se halla dolorosa? se mira anegada en lágrimas inconsolables? Ay amado pueblo! la pasión de su Hijo, de aquel su amado y único Hijo, la ha dejado como viuda sin hallar consuelo entre sus caros amigos. Los discípulos de su Hijo están dispersos, tímidos y cobardes; los enemigos de su Hijo tratan de abreviarle tumultuosamente la vida, y se preparan á bajar del Calvario llenos de confusión y asombro, luego que consumen el formidable deicidio; el cielo se enluta; el infierno se confunde, la tierra tiembla; y ¿no queréis que llore la mas amable madre la falta de un Hijo el mas amado? ¿de un Hijo, que era un Hombre-Dios? de un Hijo, que era su criador, su redentor, su único y sumo bien? *Plorans ploravit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus: non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus.*

Pero, Señora, permitidme una palabra. Ya que no halláis consuelo en las criaturas, buscádllo en vuestra ciencia; buscádllo en vuestros propios conocimientos, y hallaréis acaso algun alivio, pues tantos años ántes estabais cerciorada de cuanto habia de padecer vuestro amantísimo Hijo. Nada ignorabais, todo lo sabiais, y no hubo momento, desde la encarnacion del divino Verbo en vuestras purísimas entrañas, en que pudiese caber olvido de cuanto le habia de suceder. Parece, dulcísima Madre mía, que unas noticias tan ciertas, unos pensamientos tan claros y unos conocimientos tan universales podrian disminuir vuestra pena, y acompañaros en vuestra amarga soledad. Pero ay! no sé lo que me he dicho. Perdonád mi insipiencia y necedad: yo mismo la condeno, y me reprendo, como en otra ocasion decia el santo Job: *Ideo insipienter locutus sum, et quæ ultra*

*modum excederent scientiam meam... Idcirco ipse me reprehendo, et ago poenitentiam in favilla et cinere* (1). Ahora conozco que esta divina y universal ciencia, de que os habia dotado el Altísimo entre otras innumerables gracias, era como una espada agudísima que traspasaba vuestro amable corazón todos los instantes de vuestra vida. Efectivamente, amado pueblo mio, desde el feliz momento que encarnó en sus entrañas el Unigénito del eterno Padre, con esta ciencia miraba las divinas Escrituras, meditaba sus cláusulas, descifraba sus misterios, y comprendia con la mas amarga pena cuantos fúnebres oráculos hablaban de la pasión y muerte de su Hijo amado. Treinta y tres años vivió crucificada la Madre en los tormentos y en la cruz en que habia de padecer su Hijo. Siempre le parecia estar resonando en sus oídos aquellas tristísimas profecias de Isaías: *A planta pedis usque ad verticem capitis non est in eo sanitas* (2); no hay parte alguna en su cuerpo, desde los piés á la cabeza, que esté sana y sin dolor. Jamas dejaba de oír al mismo santo profeta, que le decia: *Non est species ei neque decor* (3); perderá su hermosura, se parecerá á un leproso, á un gusanillo humilde á quien todos pisan y maltratan. Nunca se cicatrizaban en su corazón las penetrantes heridas que en él hacian estas palabras: *Propter scelus populi mei percussi eum* (4); le castigué, le prendí, le azoté y le crucifiqué por el pecado de mi pueblo. Estos y otros divinos oráculos traspasaban el corazón y el alma de nuestra dulcísima Reina con la mas sensible pena; pero la agradable presencia de su Hijo, y el poner los ojos en su bellissimo semblante, endulzaba sus penas, mitigaba sus ansias y minoraba sus tormentos. Todo dolor se templaba, cuando la inocente Madre miraba á aquella grande alma en su compañía; á aquella alma servida de los ángeles, adorada de los serafines y reverenciada de todos los cortesanos del cielo; á aquella alma, que unida con su cuerpo á la persona del Verbo, era un solo divino supuesto que dignificaba á su Madre con la incomparable gloria de ser madre del mismo Dios. Pero al acercarse á su ocaso aquel divino sol de justicia, quedó el corazón de su madre cubierto de las mas negras sombras y de las tristezas mas profundas. Al llegarse aquel momento en que la dichosí-

(1) Job, c. 42. v. 3 et 6. (2) Isai. c. 1. v. 6. (3) Isai. c. 53. v. 2.

(4) Ibid. v. 8

sima alma de Jesus, que era todas las delicias de María, habia de separarse de su cuerpo y de la presencia de su Madre, dejándola en su primera soledad, sintió de un golpe esta Señora la pérdida de su alegría, de su gozo, de su descanso, de su felicidad y de su gloria: *Et egressus est à filia Sion omnis decor ejus* (1).

Imaginád, oyentes míos, para que podáis de algun modo comprenderlo; suponéd una madre la mas tierna y compasiva; una madre hermosa, prudente, sábia, llena de gracia y santidad, que ama con el cariño mas tierno á su unigénito hijo, adornado de las prendas mas relevantes y apreciables: considerád el gusto con que mira á su hijo ocuparse en sanar enfermos, dar vista á los ciegos, piés á los cojos, movimiento á los tullidos, habla á los mudos y vida á los muertos; pensád el gozo con que le veía mandar á los vientos, serenar los borrascosos mares, ahuyentar á los demonios, y encaminar con obras y palabras á los hombres por las sendas de la gloria; reflexionád la alegría con que considera cómo las gentes, atraídas de la santidad y prodigiosas obras de aquel bello jóven, le siguen, le oyen, le obedecen, le aman y le adoran. Qué complacencias para su madre! qué gozos! qué placeres tan puros! Pero suponéd tambien que á su presencia, y en el día mas solemne y de mayor concurso, se le acerca una inhumana fiera, y arrebata una llena de saña al hermoso jóven, le arrastra, le maltrata, y al fin le da cruelísima muerte entre sus garras. Qué os parece, cristianos? ¿habria corazon en la madre para ver morir á su hijo, y quedar ella con vida? ¿Podria sin morir presenciarse una desgracia tan sensible? ¿Quién hallaria términos, quién encontraría expresiones para darle algun alivio en la soledad en que la dejaba la desgraciada muerte de su hijo? *Cui exæquabo te, et consolabor te, virgo filia Sion?... Quis medebitur tui?* (2)

Volvéd pues, amados míos, la vista á aquellos santos altares, y veréis el original de cuanto acabo de insinuaros: mirád la mejor madre, atendéd el mejor Hijo; considerád la fiera sinagoga cómo le prende, cómo le maltrata, cómo le azota, cómo le corona de espinas, cómo le burla, escarnece y blasfema, y cómo al fin le crucifica. O gran Dios, y qué tormento tan terrible! Sin embargo la Fe nos enseña que estaba la gran Reina firme, constante y en pié cerca de la cruz, en que aún vivia su cora-

(1) *Thren. c. 1. v. 6.* (2) *Thren. c. 2. v. 13.*

zon, porque aún vivia Jesus, y no habia llegado su madre á lo sumo de la pena en su primera soledad. Es cierto que verle sediento y precisado juntamente á morir de sed, ó refrigerar sus abrasados labios con hiel y vinagre, no dejaba de abrirle en el espíritu una llaga mui profunda. Oírle cómo se queja á su eterno Padre por su desamparo misterioso, era una herida, que sin sacar sangre, le traspasaba el corazon; mirarle por tres horas puesto en una penosísima agonía, era probar su Virgen madre todos los rigores de la muerte: observar atentamente cómo se iban ennegreciendo las carnes, cómo se le retiraban los ojos hácia el cerebro, cómo se le levantaba el pecho, cómo se iba inclinando su cabeza, cómo todo el cuerpo sostenido de los agudos clavos se iba descoyuntando con su natural peso, cómo por momentos iba apretando sus cordeles el dolor cruel, acercándole con pasos lentos, y por lo mismo mas penosos, á la muerte; todo esto, es verdad, hacia una carnicería lastimosa en el afligido corazon de la dulce Madre; pero aún vivia su Hijo: *Sufficit mihi, si adhuc filius meus vivit*, podia decir mejor que Jacob de su amado hijo Josef (1): me basta para tener algun consuelo el que mi hijo viva. Le veo padecer, es verdad; siento sus penas, es así; me traspasan el corazon sus dolores, no hay duda; pero aún puedo sufrir las penas, los dolores y las angustias, porque aquella grande alma de mi Hijo no me ha dejado, no me ha desamparado, aún vive mi Hijo: mi Hijo aún no ha muerto: *Sufficit mihi si adhuc filius meus vivit*. Pero ay Señora! que se llegó ya el tiempo de experimentar vuestra primera soledad; llegó ya el tiempo de quedar sin vuestro Hijo, y de ausentarse de vos aquella alma que tanto os favorecia. Preparaád vuestro purísimo corazon para una pena que no habéis jamas experimentado, ni volveréis á experimentar. Oíd, escuchád á vuestro Hijo, que cubierto todo el cuerpo de una palidez tristísima, y con una voz ya lánguida y desmayada, os habla desde la cruz, y dice: mujer, ve ahí á tu hijo; y vuelta un poco su dolorida cabeza hácia el discípulo amado, añade, ve ahí á tu madre: *Mulier, ecce filius tuus, deinde dicit discipulo, ecce mater tua.* ¡Ó palabras de Jesus, y qué llenas estáis de misterios y amarguras! Parece que era lo mismo que decir: hasta a hora habéis sido mi madre, y yo vuestro hijo: hasta

(1) *Genes. c. 45. v. 28.*

ahora he estado en vuestra amable compañía, os he obedecido como á verdadera madre, y al mismo tiempo era el original de donde vuestro purísimo espíritu copiaba las heroicas virtudes que le adornan. Vos me habéis correspondido con amor de verdadera madre, y toda habéis sido para mí, y yo para vos; pero desde este momento os quedáis sin mí; desde ahora os quedáis sola, y sin mas compañía que mi discípulo Juan: *Ecce filius tuus*. ¿Creeréis vosotros, carísimos oyentes, que traspasada el alma de la afligidísima Virgen con estas palabras, dejaria de formar en su interior estos ó semejantes discursos? Hijo mio, ¿con que ya me habéis últimamente abandonado? ¿Pensáis dar á mi pena algun alivio, sustituyendo en lugar vuestro á Juan, vuestro discípulo? ¡Oh qué conmutacion para mí de tanta pena y dolor! ¡El hijo del Criador! ¡El hijo del Zebedeo por el Hijo del eterno Padre! el discípulo por el Maestro! Aún cuando queráis que yo acepte tan triste conmutacion, admitiendo á Juan por hijo mio, y en él á todo el linaje humano, ¿por qué me tratáis con tan extraño rigor llamándome mujer, y negándome el dulce nombre de madre? Pues qué, no sois mi hijo? no os crié con amor? no os alimenté con cuidado? no os serví con fidelidad? Padre eterno, ¿queréis tambien vos castigarme negándome el tratamiento de hija vuestra, así como mi Hijo, y vuestro, me niega el título de madre suya? Espíritu santo, de quien yo tantas veces he sido llamada esposa querida, ¿me abandonaréis tambien, dejándome como á una viuda en la amarguísima soledad en que me hallo? Santos ángeles... Pero ay! que mi Hijo inclina la cabeza, cierra los ojos y entrega el espíritu en manos de su eterno Padre: *Inclinato capite, emisit spiritum*. ¿Es posible, diria la triste madre, causando compasion á los peñascos mismos, es posible que ha muerto mi Jesus, quedando yo con vida? ¿Es posible que yo viva, quedando sola sin el alma de mi amado? ¿Qué hacéis elementos y criaturas todas, viéndome en soledad, y muerto vuestro Criador? ¿Qué se han hecho, hombres, vuestros sentimientos y vuestras lágrimas? Murió vuestro redentor, vuestro padre, vuestro maestro, vuestro protector y vuestro hermano, y ¿os quedáis mas insensibles que las piedras? Ay de mí! Murió mi Hijo, mi amable Jesus ha muerto; pues llore yo que soi su madre, y quedo sumergida en lo profundo de mi primera soledad.

Así podemos considerar que se lamentaria nuestra amabilísima Reina, viéndose sola sin el alma de su amado. Y ¿habrá algun cristiano en mi auditorio, que pretenda aumentar sus penas volviendo á multiplicar sus culpas, sabiendo que estas son las que han dado la muerte al Hijo, y causan la soledad de su madre? Ah, señores! ¡pluguiera al cielo que esta cuaresma que vamos finalizando, fuera tambien el término de todos nuestros pecados! ¡Oh si la comunión pascual, que se acerca, renovase en María santísima su alegría, al vernos resucitados á la gracia desde la muerte lastimosa de la culpa! Ay! cómo entónces se mitigarian sus penas! cómo cesarian sus lamentos! Cómo tendrían término sus lágrimas! ¡Pero qué temible es que prosiga en su soledad, quedando no solo sin el alma de su Hijo, como lo hemos considerado, sino tambien sin el cuerpo, como vamos á decir ahora.

## SEGUNDO.

Para que forméis desde luego alguna idea de la segunda triste soledad de María santísima, cuando tuvo á su Hijo muerto en sus brazos, escuchád con atencion este admirable suceso del rey Áquis, como nos lo refiere Plutarco. Era aquel príncipe dotado de todas las prendas que pueden desearse en un monarca: la prudencia, la afabilidad, la justicia, la magnanimidad y sobre todo el celo de mejorar las costumbres de sus súbditos formaban su carácter. Estas virtudes, que debían hacerle amado de sus vasallos, le hicieron tan odioso á los rebeldes y díscolos, que empezando su insubordinacion por murmuraciones públicas contra la conducta del rey, se fueron precipitando hasta romper el freno de la obediencia, y sacrificar á su furor la vida del mas virtuoso príncipe. Apenas llegó la noticia de esta desgracia á su afligidísima madre, salió llena de dolor en busca de su hijo, cuyo cadáver cubierto de heridas y de sangre halló en una de las calles de la ciudad. Abalanzóse á él, le estrechó entre sus brazos, y acomodándole en su amorosísimo regazo, clavaba los ojos en el cielo, y hecha un mar de lágrimas, repetía muchas veces: *Heu me, fili mi! nimia bonitas tua, nimia mansuetudo et humanitas, te simul, et nos perdidit!* ¡Ay hijo de mis entrañas, tu bondad, tu humanidad, tu